

vida las huellas de tan terrible enfermedad; por manera que la quinta parte de la humanidad muere ó queda desfigurada por las viruelas. En cambio, de todos los vacunados en Inglaterra ó en Turquía no muere ninguno si no está destinado á ello por debilidad ú otras causas; nadie queda señalado, ni ninguno vuelve á tener las viruelas si le fueron bien inoculadas. Es pues innegable que si una embajadora francesa hubiese llevado este secreto de Constantinopla á Paris, habria prestado á la nacion un servicio perenne; el duque de Villequier, padre del actual duque de Aumont, y el hombre mas sano y mas robusto de Francia, no habria muerto en la flor de su edad; el príncipe de Soubise que gozaba de una salud brillante, no habria pasado al otro mundo á los 25 años; Monseñor, el abuelo de Luis XV, no habria bajado al sepulcro á los 50 años, y las 20,000 personas que en el año 1723 murieron solo en Paris de las viruelas, todas vivirian todavia. ¿Cómo puede ser esto? ¿No aman la vida los franceses? ¿No estiman sus mujeres en nada su belleza? ¿Hay que convenir en que somos gente singular!»

Las cartas 13 y 14 tratan de lord Bacon y Juan Locke; y las 15 y 16 de los descubrimientos de Newton en el dominio de la física, de la óptica y de las matemáticas. Es la primera tentativa hecha por un aficionado de talento para poner los resultados de las investigaciones rigurosamente científicas al alcance del público no ilustrado.

Al primer golpe de vista habia distinguido Voltaire el punto mas brillante, la obra mas grande del movimiento científico inglés, á saber: la invencion de un nuevo camino para llegar á la verdad de las cosas; el «Instrumento nuevo para las ciencias» (*Novum scientiarum organon*) como llamó el canceller Bacon con perfecta conciencia y acierto al método, del cual esperaba el renacimiento de la vida intelectual en todas sus manifestaciones, y que consiste en reemplazar la erudicion de libros y la ciencia escolástica por el estudio de la naturaleza y la experiencia práctica. Lo que el fraile franciscano Roger Bacon, del cual por supuesto ninguna noticia tenia Voltaire, habia descubierto con admirable talento en el siglo XIII y proclamado si bien predicando en desierto, fué presentado de nuevo á una humanidad ya mas adelantada por Bacon de Verulamio, ó sea lord Bacon, el canceller de Inglaterra; lo cual se resume en la proposicion siguiente: «No hay mas que una sola escuela donde se pueda adquirir el conocimiento de la naturaleza, que es la misma naturaleza; un solo método de enseñanza, que es la observacion, y una sola comprobacion, que es la experiencia. Poseida la ciencia inglesa de esta conviccion, habia puesto manos á la obra para deshacer las fantasías y conclusiones falsas de la ciencia escolástica y poner de manifiesto los secretos del mundo interior y exterior, intelectual y físico. De lo primero se encargó Juan Locke, y de lo segundo Isaac Newton.

«Muchas argucias se habian gastado en el mundo, dice Voltaire en su carta 14, para escudriñar y explicar la «novela del alma», cuando vino un pensador que se limitó á escribir simplemente su historia. Era Locke, que ha explicado al hombre lo que es su inteligencia, como explicaria un gran anatómico la mecánica del cuerpo. En todas sus exploraciones se alumbraba con la antorcha de la física; algunas veces se atreve á afirmar, pero otras tambien duda; en lugar de figurar lo que no sabemos, por una sentencia absoluta, examina paso á paso lo que deseamos saber. Toma al niño desde el momento en que nace y sigue atento el desarrollo gradual de su inteligencia; observa lo que tiene de comun con los animales y lo que tiene de mas, y al propio tiempo y principalmente se examina á sí mismo y su propia fuerza pensadora.»

Descartes habia sentado sin mas pruebas la premisa: «El

alma es la fuerza pensadora; la materia es la extension. La primera entra en el cuerpo dotada de todos los axiomas metafísicos fundamentales: conoce á Dios, el espacio, el infinito; tiene todas las ideas abstractas y conocimientos preciosos, que desgraciadamente olvida cuando abandona el cuerpo de la madre.» Locke por lo contrario dice: «Dejo á los que saben mas que yo, dilucidar la cuestion de si el alma vive en nuestro cuerpo antes ó solo despues que esté formado; pero debo confesar que me ha tocado en suerte una de aquellas almas toscas que no piensan siempre; y hasta tengo la desgracia de no comprender que sea mas indispensable para el alma el pensar siempre, que para el cuerpo el moverse siempre.» Locke no admitia, no cree que el hombre piensa siempre, y establece por fundamento que todas las ideas nos vienen por la via de los sentidos. Examina y analiza las ideas simples y las compuestas; observa el espíritu del hombre en todas sus manifestaciones; demuestra lo imperfecto del lenguaje y el abuso que hacemos á cada instante de las palabras, y finalmente mide el saber ó mejor dicho la completa ignorancia del hombre en el capítulo donde confiesa sencillamente: «Nunca quizás llegaremos á tener la facultad de conocer si un sér material piensa ó no piensa.»

Era un propósito enteramente nuevo, deducir la historia natural del alma de su actividad, fé igualmente nuevo era el tacto de detenerse resueltamente en el limite donde acaba la ciencia y empieza la creencia. Los teólogos en lugar de acusar y perseguir á tan gran pensador debieron estarle agradecidos por haber observado tan escrupulosamente el limite entre la ciencia y la fe, entre la filosofía y la religion. En general reina una preocupacion muy equivocada del peligro que se pretende encontrar en las doctrinas filosóficas.

«Figurémonos, dice Voltaire, toda la humanidad dividida en veinte partes y resultará que 19 viven del trabajo manual y mueren sin saber jamás que ha habido un Locke en el mundo; en la vigésima restante será contado el número de los que leen; y entre estos pocos habrá veinte que prefieren leer novelas por uno que estudia filosofía. El número de los que piensan es reducidísimo, y estos pocos no se cuidan de sacar al mundo de su tranquilidad. Ni Montaigne, ni Locke, ni Bayle, ni Espinosa, ni Hobbes, ni Shaftesbury, ni Collins, ni Toland, etc., han arrojado la tea de la discordia en su patria. Quienes lo hicieron fueron principalmente los teólogos con su ambicion de ser primero jefes de una secta y luego de un gran partido. ¡Qué digo! Todos los libros de los filósofos modernos no producirán juntos tanto alboroto en el mundo como en tiempos pasados produjo la sola cuestion de los frailes franciscanos tocante á la forma de las mangas y del capucho de su hábito.»

Esta idea vuelve á presentarse con frecuencia en los escritos de Voltaire, que le daba gran importancia. Despues descargó mandobles mucho mas vigorosos que los de estas cartas, sobre los santuarios de la fe popular, siempre con la firmísima conviccion de que lo que escribia no penetraria en las masas, y solo quedaria entre los pocos espíritus libres é independientes. No creia que jamás calentarian pasiones peligrosas la mente del pueblo, y solo con horror piensa accidentalmente en la posibilidad de que sucediera, á pesar de no quererlo ni pensarlo ni temerlo jamás seriamente. El partido radical que despues se agrupó bajo su bandera aoleció como él de la misma seguridad engañadora, de suerte que ni Voltaire ni los radicales creyeron tener responsabilidad moral alguna y lo creyeron con perfecta buena fe, pues segun Voltaire era tan mínimo el número de personas pensadoras entre las que leian, y tan inmenso el de los creyentes.

Juan Locke derribó la metafísica de Descartes y Newton

su física. En su carta 17 dice Voltaire: «Los filósofos del siglo pasado descubrieron un nuevo universo que era tanto mas incomprendible cuanto menos se habia sospechado su existencia. Hasta á los mas sabios les pareció una temeridad solo el pensar que podrian llegarse á saber las leyes á que obedece el curso de los astros, y el modo de ser de la luz. Galileo con sus descubrimientos astronómicos; Kepler con sus cálculos; Descartes por lo menos con su dióptrica y Newton en todas sus obras han visto ahora la mecánica del universo; en la geometría se ha sujetado al cálculo el infinito; la circulacion de la sangre en el cuerpo animal, y de la savia en el vegetal nos han mostrado la naturaleza por un lado enteramente nuevo; la máquina neumática ha dado á los cuerpos una nueva especie de existencia; el telescopio nos ha aproximado los objetos mas distantes, y finalmente los descubrimientos de Newton sobre al lumínico han venido á realizar las esperanzas mas atrevidas que los hombres ansiosos de saber habian formado despues de tantos otros descubrimientos anteriores.»

La carta 16 trata de la ley de atraccion universal de Newton; la 17 de la óptica, y la 18 de sus descubrimientos del infinito y de la cronología. En estas cartas presenta Voltaire lo que logró «recoger» de estos temas difícilísimos; y lo que penetró, lo presenta con una claridad como si él mismo lo hubiese descubierto. En ellas se muestra de un modo brillante su gran talento para penetrar la esencia y foco de las obras intelectuales ajenas, y para presentar con claridad á los demás el resultado. Creemos que la impresion que causaron estas cartas en la Francia de entonces, profundamente cartesiana, no debe medirse por la que hicieron en la marquesa Du Chatelet, desde entonces amiga fanática de Voltaire; pero en cambio produjeron gran entusiasmo en un punto del extranjero donde jamás lo habria soñado el autor. Estas cartas fueron el móvil principal que determinó al príncipe heredero de Prusia, Federico, á entrar en correspondencia con Voltaire, distincion que de golpe le sacó de entre el enjambre de literatos aventureros y le colocó al lado de los soberanos de su época.

¡Y cuánto deseaba Voltaire semejante encumbramiento! Entre la nobleza de Paris y de Versalles habia sido alternativamente el niño mimado y el apaleado y maltratado. No se necesitaba haber pasado por semejantes amarguras para encontrar por demás envidiable la posicion social de los escritores ingleses, y reconocer como uno de los méritos mas nobles de este país el respeto con que honraba al talento y al mérito donde quiera que los encontrase. A su pluma debió Addison haber subido á ministro, bien que no reunia las cualidades necesarias para tal puesto. ¿Qué habria sido en Francia? pregunta Voltaire, y se contesta: «A lo mas, miembro de alguna academia; si hubiese gozado del favor de algunas faldas, quizás habria logrado una pension anual de 1200 libras, pero tambien habria corrido el riesgo de que le formaran una causa criminal si alguien hubiese descubierto en su tragedia *Cato* alguna alusion al portero de una persona de alta jerarquía. El gran físico Newton era intendente de la casa de moneda en Inglaterra; Congreve ocupaba tambien un puesto importante; Prior habia sido plenipotenciario, y Swift era dean en Irlanda, mas respetado que el mismo primado, Pope como católico no podia obtener ningun empleo, pero ganó 200,000 francos con su traduccion de Homero. El aprecio que el mérito verdadero encuentra siempre en Inglaterra es un estímulo para las ambiciones nobles. Newton se vió en vida colmado de distinciones y honores, y en su entierro los primeros hombres de la nacion se disputaron el honor de sostener el paño fúnebre.» Voltaire dice en su carta 24: «Entrad en Westminster y vereis que lo que allí

mas se contempla y admira no son los sepulcros de los reyes, sino los erigidos por la gratitud nacional los grandes hombres que han contribuido á su gloria; allí vereis sus estatuas como se veian las de Sófocles y de Platon en Atenas; y yo estoy convencido de que el aspecto de estos monumentos gloriosos ha entusiasmado á mas de un genio y ha producido mas de un grande hombre.»

Este sentimiento elevado con que envidió á la Inglaterra por la altura que ocupaba allí el mérito, le valió las relaciones con Federico el Grande, y la primera carta que este le escribió la dirigió al filósofo, al propagandista de la ilustracion, rindiéndole un homenaje distinguido. En la necrología que el rey Federico pronunció en honor y memoria de Voltaire muchísimos años despues, en 26 de noviembre de 1778, en sesion solemne de la academia de Berlin seis meses despues del fallecimiento de Voltaire, mencionó y ensalzó todavia en gran manera sus cartas filosóficas en los términos siguientes: «El jóven poeta cogió el hilo con el cual el circunspecto Locke se habia guiado al través del laberinto de la metafísica; y sabiendo poner rienda á su imaginacion fogosa, la obligó á seguir al inmortal Newton en sus laboriosos cálculos; penetrando tan bien los grandes descubrimientos de este filósofo y progresando tan profundamente en sus tareas, que llegó á formar un resumen de su sistema tan claro que cualquiera podia entenderlo.»

#### VI.—PRAGMÁTICA SANCION DE CÁRLOS VI. EL CARDENAL FLEURY Y LA GUERRA POR LA CORONA EFECTIVA DE POLONIA (1)

Cuando España se adhirió en febrero de 1720 á la cuádruple alianza, estaba el emperador Carlos VI en el colmo de su fortuna y poder. A primera vista, y juzgando por el aspecto exterior, podia tenérsele por primer monarca de la cristiandad; sus Estados hereditarios se componian de la Hungría, la Transilvania, la Bohemia con la Moravia y la Silesia, el archiducado de Austria, la Estíria, Carintia, Carniola, el Tirol y el Breisgau. A estos países se habian agregado Nápoles y Sicilia, el Milanesado y la Bélgica; luego por la paz de Passarowitz, firmada en 21 de julio de 1718, el Banato, la Servia septentrional con Belgrado, la pequeña Valaquia hasta el Aluta, y á todo esto se añadia la dignidad nominal de emperador de romanos que si no le daba ni el mas pequeño poder, no dejaba de aumentar directamente su influencia, muy apreciable en el imperio alemán, y sobre todo una autoridad exterior casi indispensable para el jefe de una aglomeracion de países tan abigarrada y sin ninguna unidad. Calculábase en 24 millones los habitantes de todos sus dominios; pero su ejército solo llegaba, cuando estaba completo, á 160,000 hombres. Los ingresos anuales nunca pasaron de 30 millones de florines, suma que forma un contraste chocante con la extension del imperio y habia de ser forzosamente causa de una dependencia vergonzosa de los subsidios extranjeros, origen constante de penuria en el interior, y de derrotas en el exterior.

El dueño de tan dilatados territorios no tenia sucesor que algun dia pudiera conservar reunida esta mezzcolanza de reinos y territorios. Casado con Isabel Cristina de Brunsvig-Blankenburg desde 1708, no tenia en 1713 todavia sucesion, y

(1) Obras para consultar: *Memoires du Maréchal duc de Richelieu*, Paris 1793, tomo 5.º—W. COXE, *History of the house of Austria* desde 1208 hasta 1792; Lóndres 1807, tomo 2.º—Del mismo: *Memoirs of Horatio Walpole* que abarcan desde 1678 hasta 1757; Lóndres 1820.—F. FOERSTER en alemán: *Las cortes y gabinetes de Europa en el siglo XVIII*, Potsdam 1836.—ARNETH, en alemán: *El príncipe Eugenio de Saboya*, Viena 1858, tomo 3.º

tres años antes de tener el primer hijo, determinó tomar una disposición importantísima para preservar su imperio de los horrores de una guerra de sucesión, horrores que conocía por la experiencia de España. En 19 de abril de 1713 convocó á una reunión á las diez de la mañana á todos los miembros de su consejo secreto ó sea su gabinete, é hizo que el conde de Seilern, canciller del imperio, les leyera la ley de sucesión instituida en 12 de setiembre de 1703 por el emperador Leopoldo I en unión con el rey de España y su hermano mayor José, coronado rey nominal de romanos. Hecha la lectura hizo jurar á los consejeros una nueva ley de suce-



Voltaire. Copia del grabado de E. Fiquet (1762); sacado del cuadro original de De la Tour (1736).

sión dispuesta por él y que fijaba las bases siguientes: Los Estados hereditarios de la casa de Austria son indivisibles, y pasarán íntegros á la muerte del emperador segun el derecho de primogenitura á sus herederos directos, varones ó hembras, siendo preferidos los varones: en caso de no tener el emperador sucesión directa, y solo en este caso, herederán las hijas del emperador José y sus sucesores legítimos, y si esta rama se extinguiere, pasará la sucesión á la hermana del emperador y despues por orden de primogenitura á las demás ramas de la casa archiducal. Esta disposición es la base de la llamada *pragmática sanción* del emperador Carlos VI.

No podía anularse el derecho de las archiduquesas, hijas del emperador José, ni tampoco el resto de los artículos de la ley de sucesión del emperador Leopoldo, porque en esta ley tenían la preferencia por lo contrario, como hijas del hermano primogénito; pero esto era cabalmente lo que la nueva ley anulaba, segun la cual debían heredar las hijas del hermano menor Carlos, si moría sin dejar hijo varon, en

perjuicio de las hijas del hermano mayor José. Como esta exclusión podía dar con el tiempo ocasión á complicaciones, era preciso evitarlas por medio de disposiciones especiales. Los cuidados, trabajos, luchas y sinsabores que esta cuestión causó al emperador Carlos, son indecibles. A su muerte se encontraron en el archivo de su palacio montones de tratados, en los cuales reconocían y garantizaban solemnemente la pragmática sanción Estados grandes y pequeños; pero no pudieron impedir la guerra de sucesión que se había temido, cosa ya prevista por los mas perspicaces entre los consejeros del emperador. Para salir vencedora de esta guerra, la heredera, tuvo que someterse á prescindir del principio de la indivisibilidad del imperio. Si el Austria se salvó de la conflagración, no fué por los pergaminos de tantos tratados en que tanta confianza tenía el emperador, sino por la imponente persona de una princesa casi niña todavía, que poseía lo que puede trasformar á las mujeres en heroínas, á saber: la fe en su derecho y en su inevitable victoria final. Esta te la había heredado de su padre; era en ella segunda naturaleza; fué la mejor dote que el padre dejó á su célebre y eminente hija, al paso que la mejor garantía que pudo dejar á sus súbditos. Bajo este punto de vista no había trabajado en balde el emperador Carlos VI con su pragmática sanción.

Tres años habían pasado desde el establecimiento de la pragmática sanción que por lo demás solo se había confiado como un secreto de Estado á los grandes dignatarios, cuando nació al emperador un hijo varon, en 12 de abril de 1716, que si hubiera vivido habría librado á su padre de todos los cuidados respecto de la sucesión femenina; pero por desgracia murió este archiduque Leopoldo el mismo año en 4 de noviembre. En 13 de mayo del año siguiente 1717 le nació una hija, *María Teresa*, y en 14 de setiembre de 1718 otra, *María Ana*. Entonces iba á casarse la hija mayor del emperador José la archiduquesa *María Josefa* que había nacido en 1699, con el príncipe heredero *Federico Augusto* de Sajonia, y era ya indispensable proceder á las declaraciones de renuncia que reclamaba la unidad de la monarquía y la seguridad de la sucesión de *María Teresa*.

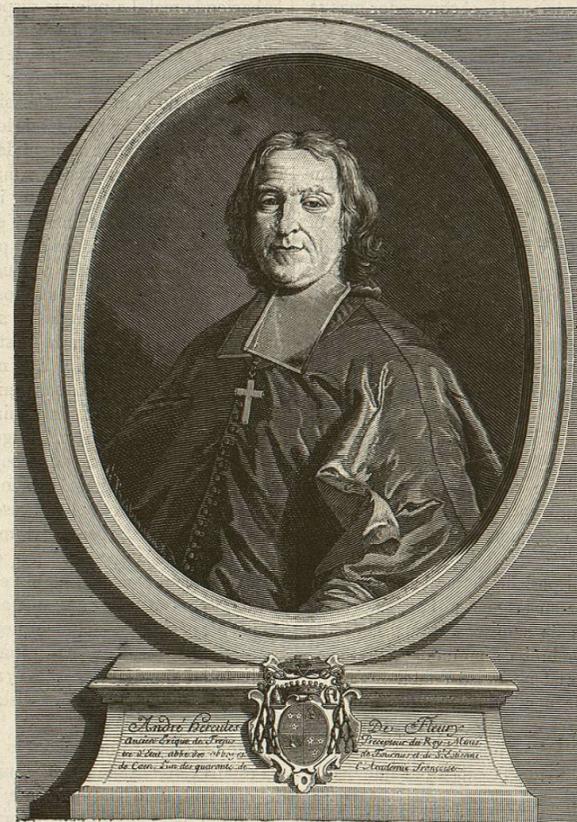
En 19 de agosto de 1719, víspera de la boda, la archiduquesa *María Josefa* tuvo que firmar un documento en el cual renunciaba solemnemente á todas las pretensiones que pudiera tener á la sucesión de la corona de Austria; renuncia que tuvo que confirmar con diez juramentos, entre ellos el de no dejarse desligar de los anteriores ni por el Papa ni por nadie. También se vieron obligados á confirmar expresamente esta renuncia el novio y su padre, y otra igual tuvo que hacer en 30 de octubre de 1722 la segunda hija del emperador José, *María Amalia*, reconociendo expresamente la pragmática sanción antes de casarse con el príncipe heredero de Baviera, el cual hubo de confirmarla por su parte.

Desde el mes de abril de 1720 fué presentada la ley de sucesión á las Dietas de los diferentes países hereditarios una tras otra, empezando por la del archiducado de Austria, siguiendo por las de Silesia, y sucesivamente por las de Hungría y Transilvania, de Bohemia y de Bélgica. Para completar la obra se convocó en 1724 en Viena una asamblea general de todas las diputaciones de los países hereditarios y se les comunicó la nueva ley de sucesión «como pragmática sanción con fuerza de ley perenne é irrevocable que el emperador había establecido en virtud de su poder soberano como señor único y absoluto.»

En 1725 logró el emperador que una potencia, que fué la primera, reconociese su pragmática. La España la reconoció en efecto por el tratado de Viena del 30 de abril de aquel año. Adhirieron á este tratado los tres electorados eclesiásticos de Alemania y los dos de Baviera y del Palatinado;

despues en 6 de agosto de 1726 la Rusia, y en 23 de diciembre de 1728 la Prusia, con la confirmación simultánea de la promesa estipulada en el tratado de Wurtemberg del 20 de octubre de 1726. El rey *Federico Guillermo* fué también quien mas se interesó y trabajó para aumentar el número de los garantes de la ley de sucesión austriaca. El fué quien se empeñó directamente para lograr, como logró, la adhesión de Inglaterra-Hanover en 16 de marzo de 1731, y luego en unión con este país la adhesión

del imperio alemán en la dieta de Regensburg en que el rey de Inglaterra estuvo representado como elector de Hanover. Entonces escribió el rey de Prusia al conde de Seckendorf: «Respecto de los hessenses, han de aceptar la pragmática sanción, y si no quieren es preciso hablarles seriamente, porque ¿á dónde iríamos á parar si los pequeños olvidaran la fidelidad que deben á la patria?» También venció la resistencia de los soberanos de Sajonia, Baviera y del Palatinado en 3 de febrero de 1732. En 20 del mismo mes



El Cardenal Fleury. Copia del grabado de Fr. Chereau; sacado del cuadro original de H. Rigaud

adhirióse Holanda á las grandes potencias y en 27 de mayo del mismo año la Dinamarca.

Entre los gobiernos que se habían obligado á garantizar el cumplimiento de la ley de sucesión austriaca no figuraba el de Francia. Este no solamente se había mostrado esquivo para agregarse á los demás países en la cuestión, sino que se sospechó que le era opuesto y aun se sintió indirectamente su influencia en los muchos obstáculos y resistencias que encontró en diferentes cortes el incansable colector de votos, el rey de Prusia, especialmente en Sajonia, Baviera y el Palatinado, cuando procuró hacer contribuir á sus soberanos á la garantía del imperio alemán. En 1732 dirigióse el embajador austriaco en París, conde de Kinsky, al cardenal Fleury con la pregunta de si el emperador podría esperar la garantía de la Francia para su ley de sucesión si daba su hija menor en matrimonio al infante don Carlos; á lo cual contestó el cardenal: «Jamás: aquí no se nos engaña tan fácilmente como á los españoles.» A pesar de esto, creíase en

Viena que no había que temer cosa seria de la Francia mientras viviera el citado cardenal, porque este anciano prelado no había mostrado mas ambición en los seis años que hacía que dirigía los destinos de la Francia, que la de conservár la tranquilidad interior y exterior, y aun restablecerla sin reparar en sacrificios.

Este era en efecto su temperamento, pero no era el móvil exclusivo de su gobierno, como se demostró por primera vez en 1733.

El obispo de Frejus, ayo del joven rey Luis XV, tenía ya 73 años cuando un día su régio discípulo dijo al duque de Borbon con la cara mas amable que era capaz de poner: «Primo mio, no os hagais esperar hoy para cenar»; dos horas despues le escribió que se retirara inmediatamente á su palacio de Chantilly y esperara allí ulteriores órdenes. Desde aquel momento quedó Fleury dueño del gobierno. En apariencia no había buscado esta nueva posición y hasta la había rehuido, aguardando á que el poder le buscara y le caye-